

MARIANO PICÓN SALAS EN CHILE. PROYECTO POLÍTICO Y CULTURAL (1923-1935)

IOANNIS ANTZUS RAMOS
American University in Dubai

RESUMEN

En el presente artículo analizamos el pensamiento político y cultural de Mariano Picón Salas a partir de su obra ensayística escrita en Chile entre 1923 y 1935. En esta década el país se encontraba inmerso en un proceso de transformación política e institucional, situación que llevo a Picón Salas a plantearse los rumbos que debía seguir el país austral. Esta línea de pensamiento desembocó en una reflexión sobre la identidad cultural del continente que dio origen a muchas de las ideas de sus ensayos de madurez, como la búsqueda del consenso social y el anhelo de una cultura armónica y universal.

PALABRAS CLAVE

Mariano Picón Salas, literatura chilena, literatura venezolana, ensayo hispanoamericano.

ABSTRACT

In this article I analyze the political and cultural thought of Mariano Picón Salas taking into account his essays published in Chile between 1923 and 1935. In this long decade Chile was suffering a huge political and social transformation and this situation made the young writer reflect on the paths that the southern country should follow. This line of thought led to a reflection about the cultural identity of Latin America that gave birth to many of the ideas present in his mature writings, such as the quest for social consensus and the longing for a universal and harmonious culture.

KEY WORDS

Mariano Picón Salas, Chilean literature, Venezuelan literature, Spanish American essay.

Mariano Picón Salas (Venezuela, 1901-1965) emigró con su padre a Chile en 1923 debido a la ruina de la hacienda familiar y a la difícil situación política que se vivía en Venezuela bajo la dictadura de Juan Vicente Gómez (1909-1935). El ensayista residió en Chile durante doce años y en ese tiempo completó su formación académica, publicó sus primeros ensayos y novelas importantes, y participó activamente en la vida intelectual. Esta prolongada estadía en el país austral dejó en él una huella indeleble y es evidente que influyó tanto en sus escritos publicados en ese momento como en toda su obra posterior. Sin embargo, este periodo de su obra ha

pasado prácticamente desapercibido para la crítica. El objetivo del presente artículo es estudiar el ideario político y cultural que el joven Picón Salas planteó en sus ensayos escritos en Chile entre 1923 y 1935¹.

La década que coincide con la estancia de Mariano Picón Salas en Chile fue, a decir de Patrick Barr-Melej, «la más turbulenta en la historia de Chile entre la guerra civil de 1891 y los años sesenta»² y se caracterizó por la inestabilidad y los continuos cambios de gobierno. El propio Picón Salas en varios de los textos que publicó durante su estadía en el país austral se mostraba consciente de que estaba viviendo un periodo de grandes cambios a nivel nacional y continental. Así, por ejemplo, en el artículo «Literatura y actitud americana» (1930), nuestro escritor ponía de manifiesto que Hispanoamérica se encontraba inmerso en un proceso de transformación:

lo que es posible ya afirmar siguiendo el ritmo de la hora histórica es que revolución (no una determinada revolución por un «ismo» determinado, ya que las circunstancias nacionales son diferentes), sino revolución en cuanto expresa cambio, firme despertar de las conciencias nacionales y actitud vigilante, y americanidad que enraíza en la tierra y se sumerge en la voluntad plástica del medio americano, serán dos rumbos indeclinables de la presente y la próxima hora continental.³

Igualmente, en «El intelectual y la humana discordia» (1934) Picón Salas reiteraba que «la América Latina de estos años está viviendo un proceso revolucionario».⁴ Estos comentarios de Picón se explican porque Chile estaba inmerso en un cambio de régimen. Es decir, que la nación austral estaba sufriendo en estos años un «proceso de reacomodo social», pues en ella se estaba fraguando un nuevo «equilibrio de

¹ Durante su estadía en Chile, Mariano Picón Salas publicó los siguientes libros: *Mundo Imaginario* (1927), «Hispanoamérica, Posición Crítica» (1931), *Odisea de Tierra Firme* (1931), «Problemas y Métodos de la Historia del Arte» (1933), *Imágenes de Chile (Vida y costumbres chilenas en los siglos XVIII y XIX)* (1933), *Registro de Huéspedes* (1934), e *Intuición de Chile y otros Ensayos en Busca de una Conciencia Histórica*. (1935). Además, editó numerosos artículos en las revistas *Atenea*, *Letras*, *Revista Chilena* e *Índice*, muchos de los cuales fueron compilados por su hija en el valioso volumen *Prosas sin finalidad (1923-1944)*. En el presente artículo nos referimos sobre todo a los ensayos recogidos en esta compilación y a los incluidos en *Intuición de Chile*.

² Patrick Barr-Melej, *Reforming Chile. Cultural Politics, Nationalism and the Rise of the Middle Class*, The University of North Carolina Press, 2001, pág. 106. Traducción mía.

³ Mariano Picón Salas, «Literatura y actitud americana», en *Prosas sin finalidad (1923-1944)*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2010, pág. 137.

⁴ Mariano Picón Salas, «El intelectual y la humana discordia», en *Intuición de Chile y otros ensayos en busca de una conciencia histórica*, Santiago, Nascimento, 1935, págs. 113-114.

poder en la fase de aparición de nuevos sectores sociales».⁵ En efecto, en el primer cuarto del siglo XX se había hecho evidente que el régimen parlamentario, dirigido por la oligarquía, no podía dar respuestas a los problemas que amenazaban a la sociedad chilena. Esto motivó constantes huelgas y movilizaciones que se canalizaron inicialmente con las esperanzas puestas en el primer gobierno de Arturo Alessandri (1920-1925). Sin embargo, pronto se hizo evidente que la transformación del viejo orden político en uno nuevo iba a necesitar bastante más que un programa de gobierno.

La obra juvenil de Picón Salas se escribió en un contexto en que era posible replantear la forma de concebir la política y la cultura chilenas e hispanoamericanas. Más en concreto, el pensamiento de nuestro autor durante este lapso debe entenderse como parte del intento de las nuevas clases medias por construir una «hegemonía» cultural⁶ alternativa a la de la oligarquía. El objetivo de estas clases en ascenso era replantear lo sensible en base a su cosmovisión para naturalizar así su propio liderazgo. En un proceso que había ido ganando peso desde principios del siglo XX, los intelectuales pertenecientes a estos grupos se consideraron a sí mismos los auténticos intérpretes de la nacionalidad y, a través de la escritura literaria y de la educación pública, trataron de imponer su proyecto de reforma de la política y de la sociedad. Nuestro autor actuó como un «intelectual orgánico»⁷ de estos colectivos sociales en ascenso, y contribuyó con su escritura al proyecto político-cultural de estos grupos,

⁵ Miguel Ángel Campos, «Mariano Picón Salas y el petróleo recelado», en *Vigencia de Mariano Picón Salas*, Mérida, Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, 2001, pág. 58.

⁶ Tomamos el concepto de Antonio Gramsci, quien caracterizó el «momento» político de la hegemonía como ese en que «se llega a la conciencia de que los mismos intereses corporativos propios, en su desarrollo actual y futuro, superan el ambiente corporativo, de grupo meramente económico, y pueden y deben convertirse en los intereses de otros grupos subordinados. Esta es la fase más estrictamente política, la cual indica el paso claro de la estructura a la esfera de las superestructuras complejas [...], determinando además de la unidad de los fines económicos y políticos, también la unidad intelectual y moral, planteando que todas las cuestiones en torno a las cuales hierva la lucha no ya en un plano corporativo sino en un plano «universal», y creando así la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados». (Antonio Gramsci, «Análisis de las situaciones. Correlaciones de fuerzas», en *Antología*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2004, págs. 414-415). Como queda claro por la cita, entendemos «clase social» no como un concepto económico sino cultural.

⁷ Antonio Gramsci define así esta noción: «Todo grupo social, como nace en el terreno originario de una función esencial en el mundo de la producción económica, se crea al mismo tiempo y orgánicamente una o más capas de intelectuales que le dan homogeneidad y consciencia de su propia función, no sólo en el campo económico, sino también en el social y político: el empresario capitalista crea consigo mismo el técnico industrial, el científico de la economía política, el organizador de una nueva cultura, de un nuevo derecho, etc.» (Antonio Gramsci, «La formación de los intelectuales», en *Antología*, *op. cit.*, pág. 389)

estrechamente vinculado al proceso de modernización capitalista del país. A grandes rasgos, la intención de estas clases era llevar a cabo reformas de manera cauta y proyectar una visión más incluyente de la nación que les sirviera para legitimar su propio poder político y social. A partir de este contexto vamos a ver cómo el joven Picón Salas propuso un proyecto político y cultural para Chile y por extensión para Hispanoamérica. Primero vamos a ver cómo analizó el marasmo político que percibía a su alrededor y cómo trató de construir un nuevo modelo para la vida en común. Después analizaremos su proyecto cultural centrándonos asimismo en su interpretación de la crisis y en la propuesta de soluciones. Evidentemente los planteamientos políticos y culturales del autor están vinculados entre sí ya que ambos son parte de una misma ordenación de lo real o, como diría Rancière, de un mismo «reparto de lo sensible».⁸

La crítica de la situación política

Picón Salas pensaba que la crisis política que se vivía en el Chile de los años veinte se debía a la incapacidad de las clases dominantes para refundar el contrato social de acuerdo a las condiciones históricas del presente. En su análisis, las élites chilenas y, por extensión, las hispanoamericanas, se habían mostrado ajenas a la realidad telúrica y social del continente y ese descuido, unido a su carácter conservador, las había hecho vulnerables a la penetración del capitalismo extranjero. Como dice nuestro autor:

este proceso revolucionario [el que se estaba viviendo, según Picón, en esos años] no está partiendo solamente del empuje de las masas, de la agitación de estos pueblos secularmente pacientes, sino en grado principalísimo del carácter arcaico, anti-moderno, feudal, de nuestras clases dominadoras. Ellas, más que por la presión de las masas, se están desbaratando porque no saben resistir a la estrategia y los métodos del capitalismo invasor, porque su concepción del mundo, sus medios técnicos, los vicios sociales los desarman ante quienes vienen mejor equipados. La hora les ordena elegir entre el Imperialismo y la Revolución. Naturalmente que se deciden por el Imperialismo. A la sombra del capital extranjero, siervos y esclavos de él —porque serían incapaces de crear un poder económico propio— esperan mantener sus últimos privilegios. Toda aristocracia mugiente se apoya en un poder imperialista.⁹

⁸ Jacques Rancière, *El reparto de lo sensible. Estética y política*, Santiago, Lom, 2009, págs. 10-11.

⁹ Mariano Picón Salas, «Prólogo de un libro chileno de Domingo Melfi», en *Prosas sin finalidad... op. cit.*, pág. 370.

Para Picón, las élites hispanoamericanas mantenían actitudes feudales y pre-modernas y, al ser incapaces de adaptarse al presente, dependían del capital foráneo. Además, esta incapacidad de las clases dominantes para actualizarse históricamente y para establecer una relación necesaria con la propia realidad habría dificultado la modernización adecuada del continente. Como afirmaba Picón Salas: «la pereza y el carácter antimoderno, antieconómico de las altas clases americanas» ha impedido que en América Latina se desarrolle «la Democracia y la empresa económica moderna» y ello ha determinado que sigan viviendo «en la América Latina aristocrática» «dos mundos sin comunicación ni contacto: aristocracia y pueblo, dominadores y dominados».¹⁰

Aparte de mantener actitudes arcaicas y de someterse al capitalismo foráneo, Picón Salas pensaba que las élites del continente habían sido incapaces de crear un estilo histórico propio: «son las nuestras, burguesías que mueren sin haber animado una sola fuerza espiritual. [...] en nuestra América la burguesía engordó con los desperdicios de Europa, en la incapacidad de crear un nuevo estilo histórico; fue una clase desarraigada y extranjerizante que se mantuvo extraña a la verdadera agitación, al ritmo propio de la tierra».¹¹ Y esta separación entre los grupos dominantes y la propia circunstancia habría impedido la puesta en marcha de un proyecto político y cultural a largo plazo. Por eso nuestro autor denunciaba que

en la confusión de las luchas y el materialismo de los intereses, se pierde la visión histórica, el derrotero y la aspiración final. Se vive como de paso, como aquellos primeros pobladores de Temuco que levantaban sus quinchos de coligue para guarecerse en el primer invierno. Falta de fines, la Política, como la Educación y la Economía, da trastazos y vive de impresiones. La vida colectiva es oscilante, hecha de histéricos entusiasmos y desfallecientes caídas. Cuando no, todo yace en lo puramente vegetativo, inmediato, en el mundo sin historia. Desde el discurso del político, hasta las cuartillas del periodista local, todo es sensacionalismo del instante, pasajera impresión, olvido de los fines.¹²

En la opinión de Picón Salas el régimen oligárquico presentaba varios defectos que era preciso corregir o superar. Según él, la crisis política y social se debía fundamentalmente a tres factores. En primer lugar, las clases dominantes habían vivido ajenas al contexto histórico y social y se habían sometido, para mantener sus privilegios, al capital internacional. En segundo lugar, estas clases habían mantenido la

¹⁰ Mariano Picón Salas, «Economía colonial. Dos mundos», en *Prosas sin finalidad... op. cit.*, págs. 363-364.

¹¹ *Ibíd.*, pág. 371.

¹² Mariano Picón Salas, «Cautín, sur de Chile», en *Intuición de Chile... op. cit.*, págs. 48-49.

división social del continente entre las élites y las masas, lo que habría impedido la creación de un orden civil y el progreso económico y social. En tercer lugar, no se habrían preocupado de definir proyectos políticos y culturales a largo plazo.

Hacia un nuevo orden político

Ante la crisis política y social que percibía en su entorno, Picón Salas se impuso la labor de construir un orden nuevo. En varios textos escritos en Chile, el autor venezolano comparaba el momento histórico que estaba viviendo con otros periodos de grandes transformaciones en los que se había venido abajo un sistema político y espiritual y era preciso construir otro nuevo. En el ensayo «Nuevas notas sobre un viejo tema histórico. La caída de Roma y la civilización antigua» (1925), Picón Salas establecía paralelos entre su época y el fin de la civilización romana. En ese escrito se refería, característicamente, a un tiempo en que «como en nuestra edad, fenecían regímenes sociales y políticos, y los hombres, confundidos y desconcertados, buscaban entre las ruinas de las antiguas creencias una nueva fe, un nuevo principio de vida».¹³

Ante la situación de decadencia e indefinición, Picón Salas se concibió a sí mismo como el constructor de un nuevo sistema¹⁴. Desde su punto de vista, la desconexión entre las clases altas y la propia realidad estaba en el origen de los problemas que impedían el desarrollo del continente. Por eso Picón se propuso restablecer el vínculo social en base a una definición más amplia de lo nacional y articular, en base a esa identidad incluyente, un proyecto político y cultural de largo alcance. Esto suponía incorporar las grandes masas al Estado y dirigir convenientemente esta incorporación para dar lugar a la creación de Estados modernos no fallidos. Frente al descuido con que las oligarquías habían tratado al pueblo, nuestro autor sabía que ya era imposible construir cualquier programa político o cultural sin contar con él.

¹³ Mariano Picón Salas, «Nuevas notas sobre un viejo tema histórico. La caída de Roma y la civilización antigua», en *Prosas sin finalidad... op. cit.*, pág. 76.

¹⁴ En este sentido sus modelos predilectos eran San Agustín y Goethe. Sobre el primero de ellos decía: «Acaso el ejemplo más revelador, y para mí casi monstruoso, del papel del intelectual en la discordia de los hombres, es el [...] de San Agustín, que cuando veía morir la cultura antigua, trazaba el cuadro de un nuevo orden espiritual, esa esperanza en medio de la desolación colectiva que se llamó la “Ciudad de Dios”» (Mariano Picón Salas, «El intelectual y la humana discordia», en *Intuición de Chile... op. cit.*, pág. 115). Por su parte, el escritor alemán, cuya obra estaba siendo reivindicada en ese momento por intelectuales como Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, era también un ejemplo para nuestro autor en la medida en que consiguió minimizar en su obra y en su pensamiento el impacto que supuso la llegada de la modernidad a principios del siglo XIX. (Mariano Picón Salas, «Presencia de Goethe», en *Intuición de Chile... op. cit.*, pág. 93)

Por eso decía que retomaba el asunto allí donde lo habían dejado los próceres de la Independencia:

Junto al núcleo de las oligarquías, están esperando desde la Independencia su incorporación al Estado y a la plena vida jurídica, las grandes masas de la ciudad y del campo, siervas hasta ahora del latifundismo, la Iglesia o el reciente poder financiero. El esfuerzo revolucionario de ellas completaría lo que quedó trunco en el movimiento de Independencia. Y tomamos el problema donde lo dejaron Bolívar y San Martín, cuando después del fuego jacobino de los años heroicos, las clases oligárquicas iniciaron la contrarrevolución: los hacendados del siglo XIX se convirtieron en poder político, o la voluntad bárbara de los caudillos, engendró nuevos grupos de explotadores.¹⁵

Es evidente que para nuestro autor las masas tenían que estar representadas en el Estado. Además no podía existir una gran distancia entre los gobernantes y los gobernados, pues esa separación estaba en el origen de los males que asolaban al continente. En esta búsqueda del reconocimiento del pueblo en una nueva síntesis social, Picón Salas coincidía con otros letrados hispanoamericanos. A decir de Augusto Mijares, ya el mismo Simón Bolívar se había impuesto este «doble objetivo económico y social: por una parte, abrirle al pueblo el acceso a una vida más productiva y remuneradora; y por la otra, modificar la estructura de una sociedad que, sin clases medias, exhibía en lo más alto una oligarquía de propietarios, letrados y funcionarios, y no tenía debajo sino un pueblo ignorante, miserable y pasivo».¹⁶ Y José Martí había planteado igualmente que la población indígena o negra no era simplemente «un elemento decorativo del pasado» y que la existencia de estas civilizaciones no podría «separarse de la vida presente y futura» de los pueblos de América¹⁷. También dos políticos jóvenes y contemporáneos de Picón Salas, Víctor Raúl Haya de la Torre y Rómulo Betancourt, habían propuesto la necesidad de que las masas estuvieran representadas políticamente. El líder peruano había establecido que su partido político, el APRA, fundado en 1924, representaba a todos aquellos grupos desdeñados por el capitalismo extranjero y por las élites locales¹⁸. En consonancia con esta idea, Haya definía el APRA como un frente multclasista de trabajadores manuales e inte-

¹⁵ Mariano Picón Salas, «Prólogo de un libro chileno de Domingo Melfi», en *Prosas sin finalidad... op. cit.*, pág. 371.

¹⁶ Augusto Mijares, «Bolívar como político y reformador social», Prólogo a Simón Bolívar, *Doctrina del libertador*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976, pág. XIV.

¹⁷ Juan Marinello, «Fuentes y raíces del pensamiento de José Martí», en José Martí, *Nuestra América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1985, pág. XV.

¹⁸ Víctor Raúl Haya de la Torre, *El Antiimperialismo y el APRA*, Lima, Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2010, pág. 42.

lectuales unidos por su oposición al orden feudal-imperialista. De la misma manera, Rómulo Betancourt en el «Plan de Barranquilla» (1931) denunciaba el hecho de que «hasta ahora no ha tenido Venezuela en su ciclo de república ningún hombre cerca de la masa, ningún político identificado con las necesidades e ideales de la multitud. Las apetencias populares han buscado en vano quienes las interpreten honradamente y honradamente pidan para ellas beligerancia».¹⁹ Ante la unión tradicional de caudillos y latifundistas, y ante su connivencia con los intereses del capitalismo extranjero, el joven político venezolano proponía transformar completamente «la estructura jurídica y social» para elevar «el nivel político y social de las masas».²⁰ Para él, como también para Picón Salas y Haya de la Torre, el imperialismo, el poder de la oligarquía y la mala situación del pueblo eran tres problemas interrelacionados que había que resolver con premura.

A la vez que proponía la necesidad de representar políticamente a las masas, Picón consideraba imprescindible establecer una síntesis entre los diferentes grupos sociales y entre las diversas posiciones políticas. Su ideal por eso era el término medio frente a los extremismos políticos y sociales. Y así como rechazaba una sociedad polarizada entre las élites y el pueblo, se apartaba de cualquier posición radical. Por eso indicaba que frente a las posturas del reaccionario y del revolucionario, él prefería «la coyuntura de una tercera y más justa posición, la del que busca una perspectiva y anhela extraer del fugitivo instante la más permanente enseñanza».²¹ En base a este término medio que para él era sinónimo de lo verdadero y de lo universal, Picón Salas pensaba que era preciso articular una identidad cultural que animase el presente y anticipase el porvenir. Por eso, si bien reconocía la necesidad de reformar las leyes sociales y el nivel económico, para él lo prioritario era crear un orden cultural que hiciera a los países hispanoamericanos dueños de su propio destino y les permitiera convertirse en Estados modernos y soberanos. El pueblo chileno no necesitaba solo mejoras sociales sino, sobre todo, un proyecto colectivo justo y adaptado a las circunstancias reales del país:

El problema no es puramente económico: es también espiritual. Chile, el país aislado, de nervios fríos que en el pasado siglo pudo crear un nacionalismo fuerte, ahora está sin rumbo. Germinan sectas extrañas, se pelea por pequeñas cuestiones de doctrina, quedan empantanados los partidos y los grupos en el bache de las abstracciones. Falta a todos la gran idea que transforme no sólo las condiciones de la vida material o el cerebro pensante

¹⁹ Rómulo Betancourt: «Plan de Barranquilla», en German Carrera Damas, *Emergencia de un líder. Romulo Betacourt y el Plan de Barranquilla*, Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1994, pág. 88.

²⁰ *Ibíd.*, pág. 89.

²¹ Mariano Picón Salas, «El intelectual y la humana discordia», en *Intuición de Chile... op. cit.*, pág. 115.

de los ideólogos, sino que haga brotar en alegría, decisión, heroísmo, las obturadas fuentes de la vida colectiva.²²

Las naciones hispanoamericanas no podían seguir mostrando una distancia tan amplia entre las élites y el pueblo. Era necesario por tanto refundar la relación entre gobernantes y gobernados y, en base a ese nuevo contrato social, liderado ahora por la clase media, había que proyectar una idea de la nación que funcionara a largo plazo. Estos dos puntos centrales eran precisamente los que Picón destacaba en su interpretación de la Revolución Rusa. En el texto titulado «Sugerencias rusas» (1933) nuestro ensayista indicaba que la Revolución Soviética no había triunfado por seguir la doctrina marxista, sino en la medida en que fue capaz de asimilar «las realidades, aspiraciones, el antes inexpresado destino del mundo eslavo.» Frente a las clases altas rusas de finales del XIX y principios del XX que, al igual que las hispanoamericanas, vivían de espaldas al pueblo y carecían de cualquier sentido nacional, «el oportunismo leninista consistió precisamente en eso: en salvar valerosamente la distancia entre la teoría y la realidad, en hablar en el momento preciso el lenguaje que ya bullía, buscando su acento, en la boca innumerable del pueblo.»²³ De esta interpretación nacionalista de la Revolución de 1917, Picón Salas extraía las siguientes consecuencias para Hispanoamérica:

Pudiéramos de todo esto [...] recoger algunas experiencias de uso y aplicación más próxima. Como en la Rusia prerrevolucionaria los pueblos disgregados que forman Hispanoamérica no han podido expresar su voluntad nacional que lucha por abrirse paso entre el juego hostil de los imperialismos que nos subyugan, la inasimilada cultura extranjera, la pereza y el nihilismo de las «élites» y la falta de una disciplina colectiva que emane de una fe, de un destino. Económicamente, como en Rusia, el problema consiste en modernizarse, en industrializarse, pues sólo por medio de la Economía seremos independientes; pero no «modernizarnos» en el sentido superficial en que parecía moderna la «inteligencia» rusa, las pequeñas «élites» políticas o intelectuales de las grandes ciudades, sino arraigando la forma y el progreso europeo en una vasta construcción nacional.²⁴

En la lectura de Picón el éxito de Lenin consistió en representar efectivamente a la nación y en crear un proyecto para la misma. Además, los revolucionarios rusos fueron capaces de expresar la voluntad nacional y de arraigar el progreso europeo en una construcción a largo plazo. Picón Salas pensaba que era necesario, también

²² Mariano Picón Salas: «Intuición de Chile», en *Prosas sin finalidad... op. cit.*, pág. 26.

²³ Mariano Picón Salas: «Sugerencias rusas», en *Intuición de Chile... op. cit.*, pág. 62.

²⁴ *Ibíd.*, pág. 62.

en Hispanoamérica, unir al pueblo en un nuevo concepto de nación, acabar con la penetración extranjera y con las oligarquías que la favorecían, y poner a las naciones del continente en la senda del progreso económico y político definido por Occidente. En esta concepción de la nación, así como en el ideal de desarrollo propuesto, nuestro autor coincidía de nuevo con Haya de la Torre y con Rómulo Betancourt. Ambos estaban proponiendo en esos mismos años que era necesario seguir con el camino de industrialización que se había iniciado a finales del siglo XIX (aunque ahora este proceso debía ser liderado por los Estados nacionales) y que en él era lícito apropiarse de las innovaciones técnicas de los países metropolitanos.

Establecidas estas ideas de Picón Salas, debemos dejar claro que en su pensamiento la búsqueda de un consenso político no se puede desligar de otros dominios de lo real como la cultura o la estética ya que para él todo constructo histórico tenía un carácter holístico o morfológico. Con esto queremos decir que su posición política era solo un fragmento de la nueva cosmovisión, del nuevo *ethos* que él quería implementar. Es por eso por lo que, más allá de los puntos que acabamos de analizar, la cuestión política no aparece tratada directamente en sus escritos de este periodo. En ellos nuestro autor planteaba que los problemas políticos y sociales del país austral y, por extensión, del continente se tenían que resolver implementando un nuevo concepto de cultura. Es decir que para nuestro autor la solución a la crisis política y social que se vivía en Chile pasaba por transformar la cultura en su conjunto. Esto es precisamente lo que indicaba en el ensayo «Literatura y actitud americana» (1930):

el deber de toda política no es velar la realidad con bellas frases ni intangibles derechos, sino afrontarla valientemente, prever el porvenir, tener la conciencia y sobre todo el sacrificio que demande la hora. Por ello toda política reclama un contenido cultural que se alce sobre lo transitorio de los hombres y las necesidades, que esclarezca la realidad, integre lo que está disperso y sea capaz de trascender en perspectiva de porvenir y de historia.²⁵

La verdadera política, lo vemos, debía consistir en la implementación de un nuevo paradigma cultural que sería universal, permitiría descubrir lo esencial, crearía consenso y tendría continuidad en el tiempo. Se trataba entonces de lograr que la cultura, concebida en términos esenciales y universales, arraigara en el propio territorio y sentara las bases de un proyecto colectivo. En las páginas que siguen vamos a ver cómo nuestro escritor concebía la cultura del continente y cómo trataba de ordenarla para superar los problemas que advertía en su entorno.

²⁵ Mariano Picón Salas, «Literatura y actitud americana», en *Prosas sin finalidad... op. cit.*, pág. 141.

Los excesos hispanoamericanos

El joven Picón Salas pensaba que el continente hispanoamericano era un espacio desordenado y anárquico que requería, por tanto, ser ordenado. En muchos momentos de su obra de juventud se aprecian comentarios donde América Latina aparece como un territorio instintivo, informe y desarticulado. En el artículo «El intelectual y la humana discordia», Picón llamaba al continente «nuestro turbio mundo suramericano» y se refería a él como «estas tierras no bien desbrozadas».²⁶ En otro ensayo indicaba igualmente que ese territorio vivía todavía en «la turbia y revuelta edad del instinto» y que en él «el odio y la incompreensión proliferan como las lianas de un paisaje virgen».²⁷ Además, para él, tanto los chilenos como los hispanoamericanos tenían como «rasgo psicológico distintivo» «el demonio de la diversidad».²⁸

En algunos momentos de su obra escrita en Chile, como vemos, Picón Salas indicaba que Hispanoamérica era un espacio dual, caótico o inarticulado. En otros iba incluso más allá y señalaba que el continente era pura naturaleza y no había accedido todavía a la existencia histórica. En este sentido, el joven ensayista estaba siguiendo lo que habían propuesto tanto Hegel como Ortega. En el texto «Hegel y América» (1928), el pensador español indicaba que el filósofo alemán había alojado a América en la prehistoria, es decir, en la «no-historia», en la «ante-historia».²⁹ Para el pensador germano la historia comienza a existir cuando entra en escena el hombre espiritual, es decir, cuando aparece el Espíritu consciente de sí mismo. Hegel consideraba que América era un espacio natural, carente de evolución, que se estaba simplemente preparando para albergar al Espíritu y acceder efectivamente a la Historia universal. El propio Ortega, siguiendo la interpretación hegeliana, planteaba que el continente era un espacio esencialmente inmaduro o pueril. Por eso afirmaba que «todavía no se puede definir al ser americano, por la sencilla razón de que aún no es... Aún no ha empezado su historia. Vive en la prehistoria de sí mismo».³⁰ Haciéndose eco de estas opiniones, nuestro autor pensaba que Hispanoamérica era pura naturaleza y puro instinto y que, en consecuencia, estaba privado tanto de una verdadera cultura como de una existencia histórica.

Picón Salas creía que la «fundamental desarmonía» que caracterizaba a América Latina tenía su origen en la conquista llevada a cabo por los españoles. Las ciudades

²⁶ Mariano Picón Salas, «El intelectual y la humana discordia», en *Intuición de Chile... op. cit.*, pág. 113.

²⁷ Mariano Picón Salas, «Salutación a Alfonso Reyes», en *Prosas sin finalidad... op. cit.*, pág. 225-227.

²⁸ Mariano Picón Salas, «La literatura de Mariano Latorre», en *Prosas sin finalidad... op. cit.*, pág. 125.

²⁹ José Ortega y Gasset, «Hegel y América», en *El Espectador*, Madrid, Biblioteca Edaf, 1998, pág. 130.

³⁰ José Ortega y Gasset, *Meditación del pueblo joven y otros ensayos sobre América*, Madrid, Alianza editorial, 1981, págs. 172-173.

del continente habían sido fundadas por soldados y hombres de fortuna cuyo instinto no era controlado por la inteligencia. Como indicaba en el ensayo «El Eros hispanoamericano» (1933):

en estas ciudades sin cultura fundadas por soldados y aventureros [...] el Eros no fiscalizado por la inteligencia, prolifera y arraiga como en una selva bravía. [...] De estos instintos elementales se tiñe y se colorea en el medio social incipiente la vida del hombre colonial. Su pasión exacerbada por el medio bárbaro, su pasión que no encuentra formas culturales en que encauzarse, la vemos actuando en todo momento y aun en las cosas que parecen más nimias.³¹

Esta pasión anárquica propia de los conquistadores dio lugar a un vicio contrario pero complementario: la rigidez típica de la legislación y de la educación coloniales. Como afirmaba Picón en otro texto:

El reverso de la aventurera voluntad conquistadora, la otra cara del dualismo de la Conquista, es el Derecho teórico y la ley ideal que quieren establecer en la tierra nueva, el letrado o el misionero. Infructuosamente contra el destino de codicia y pasión que la tierra impone, se yergue el sermón moral o los dictámenes sutiles del letrado. Ello en la psique colonial deviene en formalismo e hipocresía. [...] La nueva sociedad tiene dos vidas: la que se expresa en los cautelosos párrafos de la escribanía local llena de circunloquios y lentas expresiones, en la carta al rey o a la Audiencia [...], y la que efectivamente ocurrió, liviana de instintos, en el trato y negocio de los hombres.³²

De este modo, la vida colonial oscilaba entre dos extremos correspondientes pero irreconciliables: «la existencia se mueve en un dualismo que va de la codicia y los desenfrenados instintos del soldado, hasta el mundo retórico e ideal con que suele soñar el fraile».³³

Esta existencia doble e inarmónica que surgió en la Colonia, se perpetuó tras la Independencia. Con el nacimiento de los nuevos Estados, el conflicto entre la pasión y la inteligencia que databa del periodo colonial se convirtió en un conflicto social. Nuestro escritor pensaba que después de la gesta de los Libertadores se habían formado en el continente dos grupos opuestos. Por una parte, los caudillos y las masas rurales (es decir, los elementos conservadores apegados a la tierra y a la tradición colonial) representaban el instinto hispanoamericano. Por la otra, los pequeños nú-

³¹ Mariano Picón Salas, «El Eros hispanoamericano», en *Prosas sin finalidad... op. cit.*, pág. 200.

³² Mariano Picón Salas, «El hibridismo religioso», en *Prosas sin finalidad... op. cit.*, pág. 224.

³³ Mariano Picón Salas, «Los últimos hombres feudales», en *Prosas sin finalidad... op. cit.*, pág. 200.

cleos letrados y urbanos, herederos de la tradición liberal que dio lugar a la Independencia, simbolizaban la inteligencia. A este respecto, Picón estaba siguiendo a D. F. Sarmiento, que en su *Facundo* (1845) había establecido que la historia hispanoamericana era un conflicto entre «la civilización europea» de las ciudades y «la barbarie indígena» del campo³⁴. Al igual que letrado argentino, Picón Salas concebía el siglo XIX hispanoamericano como un largo enfrentamiento entre los sectores progresistas, vinculados a la ideología liberal y humanista, y los elementos reaccionarios que al hacerse con el poder promovieron una verdadera «contrarrevolución» que supuso una vuelta a las formas de vida de la Colonia³⁵. A lo largo del siglo XIX y aún en el XX, caudillos como José Antonio Páez o Juan Manuel de Rosas y dictadores como Porfirio Díaz o Juan Vicente Gómez, todos ellos vinculados a la vida rural, se opondrán a la voluntad de los hombres urbanos³⁶.

En la opinión de nuestro autor, las masas anárquicas y los hombres autoritarios eran los extremos inarmónicos que la nueva concepción cultural y política del continente debía dejar atrás. En este sentido coincidía con Bolívar, que en la «Carta de Jamaica» (1815) había establecido que «no siéndonos posible lograr entre las repúblicas y monarquías lo más perfecto y acabado, evitemos caer en anarquías demagógicas, o en tiranías monócratas. Busquemos un medio entre extremos opuestos, que nos conducirían a los mismos escollos, a la infelicidad y al deshonor».³⁷ También Picón Salas consideraba que era necesario superar tanto la tradición de autoritarismo del continente como las insurrecciones provocadas por el pueblo incontrolado. Desde su punto de vista, ambas eran una expresión del instinto hispanoamericano que no había sido regulado por la inteligencia. La violencia vinculada a las guerras federales

³⁴ Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, pág. 39

³⁵ Al hablar de «contrarrevolución» para explicar el XIX hispanoamericano, Picón Salas se hacía eco de lo que había planteado José Ingenieros en *La evolución de las ideas argentinas* (1918). Esta idea le sirve para enlazar el caudillismo con la colonia. Dice Picón que Ingenieros llama «época de la Restauración» a la de los caudillos surgidos después de la Independencia, suponiendo que en la América del siglo XIX se operó «un proceso –que a pesar de la diversidad del medio social– puede compararse con el de la Europa pos-napoleónica de la misma época. Un retorno a la realidad pre-revolucionaria, una revancha de los intereses afectados con la revolución; la estática colonial que quería imponerse de nuevo ahogando el principal bien efectivo que nos trajera la emancipación: la conciencia cultural, la conciencia política, el nombre anhelo de superar el embotamiento y la inercia de los días coloniales. De aquí se explica esa voluntad de colonia, ese empecinamiento en la no transformación, esa supervivencia de formas coloniales, bajo la estructura republicana, que caracterizó a cierto tipo de caudillos de América como el Dr. Francia o García Moreno.» (Mariano Picón Salas: «Realismo y cultura en Hispanoamérica», en *Prosas sin finalidad... op. cit.*, pág. 146)

³⁶ Mariano Picón Salas, «Los últimos hombres feudales», en *Prosas sin finalidad... op. cit.*, pág. 181.

³⁷ Simón Bolívar, «Carta de Jamaica», en *Doctrina del Libertador*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976, pág. 81.

y el caudillaje latinoamericano se habían producido (y todavía se producían) porque no había existido ningún tipo de control racional:

La guerra civil ha sido en nuestras democracias un como estado orgiástico, en que el subconsciente colectivo descarga su contenida violencia. El investigador de esa zona aún mal conocida de nuestra psicología colectiva, encuentra después de las revueltas de la época democrática, en los excesos de las turbas que seguían a Melgarejo y Belzú en Bolivia, en las que victimaron a Alfaro en las calles de Quito, en pleno siglo XX, en los movimientos de los caudillos mexicanos, el rostro excitado de este Eros nuestro, que ni se integra ni armoniza aun en la conciencia vigilante.³⁸

El largo periodo de guerras y caudillaje que había vivido el continente a lo largo del siglo XIX y que todavía tenía secuelas a principios del XX era interpretado por nuestro autor como un momento de transición «entre las bellas leyes con que soñaron los ideólogos de la Independencia y la cruda realidad americana que seguimos viviendo».³⁹ Con ello, Picón Salas planteaba que su generación debía reasumir y completar la labor emancipadora que los Libertadores se habían propuesto pero que no pudieron concluir. Los excesos y la inarmonía que nuestro autor percibía en el contexto hispanoamericano eran el resultado de una estructura social que se había venido polarizando desde principios del siglo XIX y que en las primeras décadas del siglo XX en Chile se manifestaba con especial dureza. La oligarquía que controlaba la política y la cultura vivía de espaldas a la propia realidad y su saber era superficial en la medida en que no hallaba arraigo en el entorno social o geográfico. El pueblo, por su parte, estaba desplazado de las instituciones estatales y culturales, y se encontraba recluido en los límites de una existencia elemental. Esta dupla se volvía a proyectar en la división entre lo instintivo y lo intelectual, mantenía al país (y al continente) en un estado inarmónico –estado de naturaleza– e impedía la conformación de una cultura firme y estable que hiciera posible una modernización adecuada.

El nuevo orden cultural

El hecho de que Picón Salas concibiera que la realidad hispanoamericana era excesiva y vegetaba en un estado natural solo tiene sentido a partir de una comparación un tanto ingenua con el modelo europeo. En efecto, para nuestro autor las naciones del Viejo Continente eran paradigmas de orden y completitud. Por eso, al reseñar

³⁸ Mariano Picón Salas, «El Eros hispanoamericano», en *Prosas sin finalidad... op. cit.*, pág. 204.

³⁹ Mariano Picón Salas, «Realismo y cultura en Hispanoamérica», en *Prosas sin finalidad... op. cit.*, pág. 145.

una novela de Mariano Latorre, indicaba que aunque este escritor conoce «los métodos de la literatura francesa» «no los considera los más recomendables para un país nuevo como Chile, donde la vida social y los grupos humanos no se presentan al observador en la clara estratificación secular de Francia. *Nuestra vida americana carece de esa fijeza y continuidad*».⁴⁰ De manera semejante, en otro texto llamaba la atención sobre el dualismo del continente en oposición al orden europeo:

Si pensamos un poco en los contrastes de la vida americana, en el dualismo criollo que representan individuos de realidad tan primaria, tan próximos al *Eros* indiferenciado, como esos caudillos de que antes hablé, e ideólogos sin raíz en su tierra, quiméricos, desorientados, advertiremos esa fundamental desarmonía. *Falta ese nivel medio, que en la cultivada Francia o en la sabia Alemania es precisamente el nivel de cultura*.⁴¹

Acercarse al modelo ideal que representaban las naciones europeas y alcanzar el «nivel de cultura» implicaba, por un lado, sintetizar los opuestos, es decir, conciliar la oligarquía y el pueblo, la pasión y la inteligencia; por el otro, suponía establecer una relación de continuidad entre el saber y la circunstancia nativa, y entre el ser y el estar⁴². A este doble cometido dedicará sus esfuerzos el joven Picón Salas. Por eso proponía reducir «el tremendo desnivel americano entre el hombre ilustrado, que asume para nosotros el carácter esotérico de un mago en una sociedad primitiva, y el pueblo [...] que está sumido aún en muchos países del continente en oscura e inexpressada vida vegetativa».⁴³ Al mismo tiempo, planteaba la necesidad de que el conocimiento arraigase en la realidad telúrica y social. Ello implicaba transformar «la ilustración» de las élites intelectuales (ahistórica y ajena al propio contexto) en un saber menos abstracto que permitiera establecer una relación necesaria entre las

⁴⁰ Mariano Picón Salas, «La literatura de Mariano Latorre», en *Prosas sin finalidad... op. cit.*, pág. 124. Énfasis mío.

⁴¹ Mariano Picón Salas, «Literatura y actitud americana», en *Prosas sin finalidad... op. cit.*, pág. 148. Énfasis mío.

⁴² A este propósito afirmaba Picón Salas: «[Ser y estar] son los dos primeros verbos históricos. Y en la tensión del *ser* y la fijeza del *estar* (la fuerza del cambio y la fuerza de la tradición), se sitúa la cultura. La cultura equilibra, pues, las fuerzas externas de cambio o transformación (en la técnica, en la economía, en la vida política) con la personalidad permanente que se revuelve en el fondo del ser histórico. Este equilibrio cultural es el que nos falta. Nuestras crisis de política y de educación son crisis de formas que pugnan por adaptarse a una realidad en que no se ven soldadas ni correspondidas.» (Ibíd., pág. 149)

⁴³ Mariano Picón Salas, «Realismo y cultura en Hispanoamérica», en *Prosas sin finalidad... op. cit.*, pág. 151.

ideas y la circunstancia nativa. De ahí su crítica a la educación latinoamericana que, a juicio de nuestro escritor,

no hizo sino yuxtaponer informaciones sobre pueblos o culturas exóticas que repetimos sin comprender, sin adherirlas a nuestra personalidad. La mayor crítica que merezca la educación vigente en casi todos los países hispanoamericanos es la de ser una educación invertebrada, que se ha ido formando con las sueltas piezas de un museo que nos mandaron de Europa. Con esas piezas de museo superpuestas o flotantes sobre una realidad muy distinta, no hemos hecho la síntesis, la ocupación que reclama toda cultura. A la calidad de la cultura, preferimos la cantidad de la ilustración.⁴⁴

Las formas europeas debían adherirse a la personalidad del continente hispanoamericano, de modo que la cultura de este territorio fuera una variante particular dentro del marco común de la cultura occidental. En este sentido, Picón Salas entroncaba con la gran tradición del pensamiento hispanoamericano cuyo *leitmotiv* había sido y era precisamente lograr que las formas europeas encarnaran en el medio nativo. Para esta tradición, surgida en el marco universalista de la Ilustración, el cuerpo del continente –que es como decir su naturaleza– debía ser investido por el alma universal, es decir por los valores éticos y culturales esenciales.⁴⁵

⁴⁴ *Ibíd.*, pág. 150.

⁴⁵ Ya en Bolívar, uno de las grandes referencias intelectuales de Picón Salas, aparece esta idea. Si bien el Libertador rechazaba cualquier imitación acrítica y señalaba que era necesario adaptar las formas de gobierno a la circunstancia concreta, proponía como modelo la constitución británica y señalaba que «la moral» y «las luces» eran las primeras necesidades de los pueblos americanos tras la Independencia. A este respecto afirmaba: «Tomemos de Atenas su Areópago, y los guardianes de las costumbres y de las leyes; tomemos de Roma sus censores y sus tribunales domésticos; y haciendo una santa alianza de estas instituciones morales, renovemos en el mundo la idea de un pueblo que no se contenta con ser libre y fuerte, sino que quiere ser virtuoso. Tomemos de Esparta sus austeros establecimientos, y formando de estos tres manantiales una fuente de virtud, demos a nuestra República una cuarta potestad cuyo dominio sea la infancia y el corazón de los hombres, el espíritu público, las buenas costumbres y la moral republicana». (Simón Bolívar, «Discurso de Angostura», en *Doctrina del Libertador*, *op. cit.*, pág. 141. Énfasis mío) También el argentino Sarmiento, por su parte, planteaba en *Recuerdos de provincia* (1850) que se debían adquirir las virtudes europeas sin perder el fondo americano. Y esta voluntad se hacía ya evidente asimismo en el *Facundo* (1845), cuando establecía esta distinción: «Mehmet-Alí, dueño de Egipto por los mismos medios que Facundo, se entrega a una rapacidad sin ejemplo aun en la Turquía; constituye el monopolio en todos los ramos, y los explota en su beneficio; pero Mehmet-Alí sale del seno de una nación bárbara, y se eleva hasta desear la civilización europea e injertarla en las venas del pueblo que oprime. Facundo, por el contrario, rechaza todos los medios civilizados que ya son conocidos, los destruye y desmoraliza». (Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo*, *op. cit.*, pág. 98. Énfasis mío). Esta concepción está presente asimismo en José Martí. El prócer cubano negaba, como Bolívar, la imitación de modelos que no se adaptaban a la propia circunstancia.

Para europeizar la circunstancia americana y lograr que el espíritu universal encarnase en el cuerpo local era necesario, según Picón Salas, armonizar los contrarios éticos y sociales, pero también crear un sustrato cultural para que las ideas europeas pudieran arraigar en la realidad americana. Esto fue precisamente lo que intentó a través de las páginas de la revista *Índice* (1930-1932) que él mismo fundó y dirigió en Santiago de Chile junto a un grupo de jóvenes intelectuales. En el editorial inaugural de la revista Picón Salas planteaba que la cultura era ante todo una relación entre el saber europeo y la propia realidad: «Nuestra acción será, pues, la acción propia de los intelectuales. Y la labor del intelectual crea cultura. Pero la cultura implica la relación con algún medio y este problema de la relación, deben plantearse los escritores de *Índice* para que su labor no nazca muerta o asuma una simple significación decorativa».⁴⁶ Además, proponía la creación de un «subsuelo cultural» para que las ideas europeas pudieran arraigar en Hispanoamérica:

No es la cultura a que nosotros aspiramos creación de breves días. Los pueblos nuevos sufren la ilusión de pensar que la cultura se puede transportar por pies cúbicos, en el vapor mercante. Nada realizarán los sabios, los artistas o los libros extranjeros que vengan hasta nosotros, si antes no preparamos para que su enseñanza germine, *un subsuelo cultural*. Sin este arraigo en el medio, sin esta adaptación típica [...] las ideas serán entre nosotros sólo pasajeros de tránsito.⁴⁷

Siguiendo en esto lo que ya había planteado Henríquez Ureña, nuestro autor pensaba que las ideas y las formas fundamentales de la cultura humana pertenecen a la tradición occidental y que Hispanoamérica tenía el derecho a participar de ella porque carecía de otra tradición alternativa⁴⁸. Por eso afirmaba en un texto sobre la

Sin embargo proponía incorporar o asimilar lo universal a lo americano. «Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas», decía. Y tras criticar el mimetismo servil que siguió a la Independencia proponía: «El genio hubiera estado en hermanar, con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga; en desestancar al indio; en ir haciendo lado al negro suficiente; en *ajustar la libertad al cuerpo de los que se alzaron y vencieron por ella*». (José Martí, «Nuestra América», en *Nuestra América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, pág. 36. Énfasis mío). Más cerca en el tiempo de Picón Salas, esta noción sobre la cultura hispanoamericana se aprecia también en el pensamiento de Pedro Henríquez Ureña y en el de Alfonso Reyes.

⁴⁶ Mariano Picón Salas, «Editorial de *Índice*», en *Prosas sin finalidad...*, op. cit., pág. 275.

⁴⁷ *Ibíd.*, pág. 276. Énfasis mío.

⁴⁸ En «El descontento y la promesa» (1928) Henríquez Ureña había afirmado: «Apresurémonos a conceder a los europeizantes todo lo que les pertenece, pero nada más, y a la vez tranquilicemos al criollista. No sólo sería ilusorio el aislamiento [...], sino que tenemos derecho a tomar de Europa todo lo que nos plazca: tenemos derecho a todos los beneficios de la cultura occidental». (Pedro Henríquez Ureña: «El descontento y la promesa», en *La utopía de América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, pág. 42)

enseñanza de la Historia del Arte que «en este problema, como en cualquier otro, se repite el peculiar destino de nuestra cultura de pueblos nuevos. Nos sirve el método de la ciencia y la investigación europea como un camino, como una norma, para buscar y descubrir nuestro propio espíritu».⁴⁹

El joven Picón Salas consideraba que los patrones armónicos que ofrecía la cultura universal debían ser la base para ordenar el caos del continente americano. Al tomar como modelo el orden que él percibía en Europa, Picón estaba tratando de adaptar al continente hispanoamericano el «reparto de lo sensible» (Rancière) que imperaba, desde su punto de vista, en aquel territorio. En este sentido es evidente que su intención era establecer en América Latina un sistema democrático y liberal semejante al de las naciones europeas más avanzadas, pues para él el concepto mismo de cultura era inseparable de esa forma de ordenamiento jurídico. Era así como él intentaba ya desde sus escritos juveniles (y esto será una constante de toda su obra) sentar las bases de una cultura auténtica para Hispanoamérica que a la vez le servía para legitimar, indirectamente, la hegemonía de las nuevas clases medias. Nuestro autor pensaba que cuando en América Latina se pudiera reproducir la concepción ética, política y estética de las democracias liberales europeas (interpretadas desde Chile como consensos perfectos) desaparecerían de una vez los males políticos, sociales, éticos y estéticos del continente. Para ello era preciso cancelar para siempre la dualidad y los excesos y encontrar la síntesis armónica entre la inteligencia y el instinto, y entre el hombre y la realidad. Para Picón la cultura implicaba «integración» y «armonía vital», lo que suponía una síntesis entre los contrarios a un nivel individual y social⁵⁰. De este modo, su proyecto cultural pretendía la conformación de un consenso perfecto, esto es, de una utopía en que los contrarios serían armónicos y en que no habría distancia alguna entre el hombre, el saber y el propio territorio.

En el planteamiento de este ideal, que negaba la noción de ruptura que conlleva la modernidad, Picón Salas se acercaba a lo que estaban proponiendo en esos mismos años Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña. El escritor mexicano consideraba que la cultura era un ideal universal que había sido inventado por los griegos. En su opinión, la cultura era sinónimo de cosmos, de orden. Por lo tanto, tendía siempre a integrar lo disperso y a conformarse a sí misma como un organismo sintético, sin ex-

⁴⁹ Mariano Picón Salas, «Problemas y métodos de la Historia del Arte», en *Las formas y las visiones*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2007, pág. 60.

⁵⁰ Mariano Picón Salas, «Realismo y cultura en Hispanoamérica», en *Prosas sin finalidad... op. cit.*, pág. 147. En ese mismo texto Picón define la «cultura» como consenso: «no basta en América una política personal de buenas intenciones como a que Porfirio Díaz quiso establecer en México, si la política que trasciende de la persona del gobernante no emerge hacia fuera en [verdadera] realidad cultural. [...] quiero ver crisis de cultura (dando a esta hermosa palabra [...] el sentido de integración y armonía vital que debe tener)». (Ibíd., pág. 147)

cesos o elementos sobre-numerarios que pudieran amenazar su estabilidad. Además, la cultura implicaba un ideal de conducta fundado en el concepto de la *sophrosyne* griega, en el término medio entre lo racional y lo afectivo. Para él, la misión histórica de América era realizar la utopía humana y cultural que había sido inventada a orillas del Mediterráneo. Por eso afirmaría en «Posición de América» (1942): «Sólo dentro de algunos siglos [...], podrá saberse si América ha logrado elaborar una cultura *relativamente nueva*. En nuestro caso *se trata más bien de recoger la herencia de una cultura*, ante el notorio quebranto de los pueblos que la han construido. Se trata de una toma de posición y *acaso de una toma de posesión de la cultura*».⁵¹ Para Reyes, el orden utópico y perfecto que él llamaba «la cultura» tenía que encarnar en la realidad hispanoamericana; es más, desde su punto de vista, la realización concreta de ese ideal eterno era la esperanza que justificaba la existencia del continente.

Pedro Henríquez Ureña, por su parte, también había planteado un ideal cultural fundado en el humanismo griego. Al igual que Picón Salas, Ureña pensaba que América era «intranquila y discordante»; era preciso por tanto predicar un «evangelio de serenidad» fundado en la *sophrosyne* griega⁵². Más aún, para él, como para Reyes, la función histórica del continente consistía en dar una forma propia a la utopía universal inventada por los griegos. Ello implicaba conseguir que el hombre americano fuera una formulación concreta de lo esencial y de lo eterno:

El hombre universal con que soñamos, a que aspira nuestra América, no será descastado: sabrá gustar de todo, apreciar todos los matices, pero será de su tierra; [...]. La universalidad no es el descastamiento: en el mundo de la utopía no deberán desaparecer las diferencias de carácter que nacen del clima, de la lengua, de las tradiciones, pero todas estas diferencias, en vez de significar división y discordancia, deberán combinarse como matices diversos de la unidad humana. Nunca la uniformidad, ideal de imperialismos estériles, sí la unidad, como armonía de las multánimes voces de los pueblos.⁵³

Al igual que Picón Salas, Henríquez Ureña creía necesario apropiarse de la cultura occidental y ofrecer, a partir de la realidad nativa, una formulación original de la misma: «así como esperamos que nuestra América se aproxime a la creación del hombre universal, por cuyos labios hable libremente el espíritu, libre de estorbos, libre de prejuicios, esperamos que toda América, y cada región de América, conserve

⁵¹ Alfonso Reyes, «Posición de América», en *Última Tule*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991, pág. 237. Énfasis mío.

⁵² Pedro Henríquez Ureña, «Héctor Ripa Alberdi», en *La utopía de América*, op. cit., pág. 377.

⁵³ Pedro Henríquez Ureña, «La utopía de América», en *La utopía de América*, op. cit., págs. 7-8.

y perfeccione todas sus actividades de carácter original, sobre todo en las artes».⁵⁴ Pero, curiosamente, a la hora de definir cómo debería ser esa cultura simultáneamente americana y universal, Ureña tomaba como modelo la autenticidad cultural de los pueblos prehispánicos:

La creación indígena popular nace perfecta, porque brota del suelo fértil de la tradición y recibe aire vivificador del estímulo y la comprensión de todos, como en la Grecia antigua o en la Europa medieval. En la zona de cultura europea de la América española falta riqueza de suelo y ambiente como la que nutre las creaciones arcaicas del indígena. Nuestra América se expresará plenamente en formas modernas cuando [1] haya entre nosotros densidad de cultura moderna. [2] Y cuando hayamos acertado a conservar la memoria de los esfuerzos del pasado, dándole solidez a la tradición.⁵⁵

Henríquez Ureña proponía, entonces, como hemos visto a propósito de Picón Salas, crear una cultura sólida y firme en que sería posible establecer una continuidad armónica entre el ser y el estar. Sin embargo, la referencia al consenso del mundo indígena muestra claramente cómo también en el caso del ensayista dominicano la utopía suponía el regreso a un orden anti-moderno, es decir, conservador y desconectado de la realidad histórica del continente.

Podemos afirmar por tanto que el ideario cultural de Picón Salas durante su estancia en Chile se basó en una «fetichización» del modelo europeo, al que concedía una validez universal. Al igual que para Reyes y Ureña, la idea de cultura implicaba para Picón la armonía entre los contrarios y el establecimiento de una relación necesaria entre el saber y la propia realidad. Este ideal ético que nuestro autor defendía para la cultura hispanoamericana estaba siendo puesto en valor en esos mismos años, aunque con otro sentido, por filósofos europeos y norteamericanos como Oswald Spengler, Hermann von Keyserling y Waldo Frank. Para todos ellos la modernidad y la masificación urbana estaban en el origen de la crisis de valores que había conducido a la I Guerra Mundial. A partir de esta perspectiva, estos pensadores (que tuvieron una gran influencia en Hispanoamérica en los años veinte y treinta del siglo XX) propusieron la restitución de un cosmos pre-moderno libre de excesos en que el ser y el estar, el logos y el eros, y el hombre y la colectividad pudieran reestablecer una existencia armónica. En línea con esta corriente de pensamiento, Picón Salas trató de conciliar las disonancias que advertía en Chile y en el continente hispanoamericano en base a una concepción anti-moderna. Corregir los excesos y crear una cultura

⁵⁴ *Ibíd.*, pág. 8.

⁵⁵ Pedro Henríquez Ureña, «La América española y su originalidad», en *La utopía de América*, *op. cit.*, pág. 25.

auténtica y universal significaba superar los defectos de la modernidad e imponer un orden armónico y consensual en que el yo y el mundo establecerían al fin una continuidad armónica.

En conclusión, en sus ensayos escritos en Chile Picón Salas pensó que la oligarquía era la principal responsable de la crisis institucional que se vivía en el país austral en los años veinte y treinta del siglo XX y a partir de este análisis planteó una nueva ordenación del mundo común. Para superar la situación de crisis y decadencia a que se había llegado, las élites (pertenecientes ahora a las clases medias ilustradas) y el pueblo debían unirse en función de una idea de nación más incluyente y de un proyecto cultural de largo alcance que permitiera vincular la situación particular del país y del continente con las formas sociales y políticas universales. De este modo Picón intentaba crear un consenso perfecto que haría posible la justicia social; sin embargo, al proponer esta utopía cancelaba la temporalidad moderna y generaba nuevas exclusiones. Así, lo que comenzó como una búsqueda de soluciones políticas ante la decadencia del régimen parlamentario chileno fue adquiriendo en el pensamiento de Picón Salas unas dimensiones mucho más amplias que abarcarán todo su ideario cultural y estético y que serán todavía visibles en sus escritos de madurez, mucho después de esa convulsa década chilena en que encontraron una primera formulación.

Bibliografía (obras citadas)

Barr-Melej, Patrick, *Reforming Chile. Cultural Politics, Nationalism and the Rise of the Middle Class*, The University of North Carolina Press, 2001.

Betancourt, Rómulo, «Plan de Barranquilla», en German Carrera Damas, *Emergencia de un líder. Romulo Betancourt y el Plan de Barranquilla*, Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1994.

Bolívar, Simón, «Carta de Jamaica», en *Doctrina del Libertador*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976.

_____, «Discurso de Angostura», en *Doctrina del Libertador*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976.

Campos, Miguel Ángel, «Mariano Picón Salas y el petróleo recelado», en *Vigencia de Mariano Picón Salas*, Mérida, Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, 2001.

Gramsci, Antonio, «Análisis de las situaciones. Correlaciones de fuerzas», en *Antología*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2004.

_____, «La formación de los intelectuales», en *Antología*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2004.

Haya de la Torre, Víctor Raúl, *El Antiimperialismo y el APRA*, Lima, Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2010.

Henríquez Ureña, Pedro, «El descontento y la promesa», en *La utopía de América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979.

_____, «La utopía de América», en *La utopía de América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979.

_____, «Héctor Ripa Alberdi», en *La utopía de América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979.

_____, «La América española y su originalidad», en *La utopía de América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979.

Marinello, Juan, «Fuentes y raíces del pensamiento de José Martí», en José Martí, *Nuestra América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1985.

Martí, José, «Nuestra América», en *Nuestra América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1985.

Mijares, Augusto, «Bolívar como político y reformador social», Prólogo a Simón Bolívar, *Doctrina del libertador*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976.

Ortega y Gasset, José, «Hegel y América», en *El Espectador*, Madrid, Biblioteca Edaf, 1998.

_____, *Meditación del pueblo joven y otros ensayos sobre América*, Madrid, Alianza editorial, 1981.

Picón Salas, Mariano, «Cautín, sur de Chile», en *Intuición de Chile y otros ensayos en busca de una conciencia histórica*, Santiago, Nascimento, 1935.

_____, «Economía colonial. Dos mundos», en *Prosas sin finalidad (1923-1944)*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2010.

_____, «Editorial de Índice», en *Prosas sin finalidad (1923-1944)*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2010.

_____, «El Eros hispanoamericano», en *Prosas sin finalidad (1923-1944)*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2010.

_____, «El hibridismo religioso», en *Prosas sin finalidad (1923-1944)*, Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 2010.

_____, «El intelectual y la humana discordia», en *Intuición de Chile y otros ensayos en busca de una conciencia histórica*, Santiago, Nascimento, 1935.

_____, «La literatura de Mariano Latorre», en *Prosas sin finalidad (1923-1944)*. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2010.

_____, «Literatura y actitud americana», en *Prosas sin finalidad (1923-1944)*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2010.

_____, «Los últimos hombres feudales», *Prosas sin finalidad (1923-1944)*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2010.

_____, «Nuevas notas sobre un viejo tema histórico. La caída de Roma y la civilización antigua», en *Prosas sin finalidad (1923-1944)*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2010.

_____, «Presencia de Goethe», en *Intuición de Chile y otros ensayos en busca de una conciencia histórica*, Santiago, Nascimento, 1935.

_____, «Problemas y métodos de la Historia del Arte», en *Las formas y las visiones*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2007.

_____, «Prólogo de un libro chileno de Domingo Melfi», en *Prosas sin finalidad (1923-1944)*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2010.

_____, «Realismo y cultura en Hispanoamérica», en *Prosas sin finalidad (1923-1944)*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2010.

_____, «Salutación a Alfonso Reyes», en *Prosas sin finalidad (1923-1944)*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2010.

_____, «Sugerencias rusas», *Intuición de Chile y otros ensayos en busca de una conciencia histórica*, Santiago, Nascimento, 1935.

Rancière, Jacques, *El reparto de lo sensible. Estética y política*, Santiago, Lom, 2009.

Reyes, Alfonso, «Posición de América», en *Última Tule*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991.

Sarmiento, Domingo Faustino, *Facundo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977.

_____, *Recuerdos de provincia*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991.